

José Morales Saravia
***Destierros y modernidades.
Hölderlin y Landívar***

Lima, Paracaídas Editores, 2015
Paulo Piaggi A.



En su artículo de 2007 titulado «¿Qué hacemos con los teóricos que no hacen teoría?»¹, Dorian Espezúa Salmón, siguiendo una propuesta de Pierre Bourdieu, divide a los teóricos y críticos literarios peruanos en cuatro categorías: profetas, sacerdotes, laicos y magos. Los profetas son aquellos que, aunque desconfían del discurso, son capaces de sostener su verdad. Son hombres del mundo que no temen pensar desde su realidad ni pierden el tiempo persiguiendo modas epistemológicas extranjeras. Los sacerdotes, por su parte, solo pueden repetir lo que dicen los profetas. Son los difusores del dogma. En principio, nuestro medio académico estaría lleno de este tipo de especialistas. Los laicos viven separados de toda organización o confesión religiosa. Defienden la independencia del hombre y pueden nutrirse de distintas posturas, nunca sometiéndose a un credo. Por último, los magos presentan una racionalidad alternativa desde un entorno alejado de la ciudad letrada. Son los profetas fuera del círculo académico. En este medio, carente de profetas y donde la teoría literaria cada vez surge menos de la literatura, la publicación de *Destierros y modernidades* (2015), nuevo libro de José Morales Saravia, resulta una forma refrescante de práctica crítica. Este es un estudio sobre la obra de dos poetas, el alemán Friedrich Hölderlin (1770-1843) y el novohispano Rafael Landívar (1731-1793), que parte no de teorías culturales con dudosos fundamentos, sino del conocimiento profundo de las obras estudiadas y de la familiaridad con la poesía desde una perspectiva humanística. En las siguientes líneas, quisiera ofrecer al lector algunos alcances sobre la estructura y el contenido de esta publicación.

Lo primero que necesitamos para acercarnos a la lectura de *Destierros y modernidades* es comprender ciertos términos que Morales Saravia utiliza para dar un sentido primero a su discurso: antártico, septentrional, modernidad e historicismo. Como puede observarse, los primeros dos

1 Espezúa Salmón, Dorian. «¿Qué hacemos con los teóricos que no hacen teoría?». En: *Dialógica*, 2, pp. 85-108.

conceptos forman una dicotomía. En los siglos XVII y XVIII, el mundo antártico se entendía como la América española y portuguesa, en donde los actores ya habían dejado de ser solo los indios y los europeos, y se habían incorporado a la escena los negros (y cimarrones) y, particularmente, los piratas/corsarios ingleses y holandeses. Si bien el autor reconoce que no es tan preciso llamar al novohispano Landívar *antártico*², lo que pretende al utilizar este término es «resemantizarlo para llamar con él la atención sobre lo no europeo y sobre la temprana consciencia diferencial americana que se llevó a expresión, por ejemplo, a principios del siglo XVII, en obras como *Miscelánea austral* o en nombres para instituciones como la Academia Antártica» (p. 11). Por contraposición a este mundo americano, el mundo septentrional europeo, según Morales Saravia, se veía reducido a unos cuantos valles y ríos de la Europa central: Heidelberg, Stuttgart, Homburg entre los primeros, y el Neckar, el Rhein y el Donau entre los segundos. Esta situación se denomina, en el texto, *septentrionalismo*. La temprana modernidad en el siglo XVIII, además, produjo en los hombres lo que el autor llama una sensación de «destierro trascendental». Se propone que los dos poetas estudiados tienen como objetivo combatir este contexto utilizando la historia. El *historicismo* de Hölderlin busca «construir itinerarios culturales que rehicieran el discurso de la historia —o de las historias— con unas rutas que hilaran puertos de manera alternativa» (p. 21). Por su parte, Landívar, en su *Rusticatio mexicana*, obra escrita en latín, desarrolla en hexámetros temas que podrían dividirse en una «historia natural» y una «historia civil» de la tierra americana³.

Destierros y modernidades se divide en dos partes bien definidas. La primera se titula «El sueño septentrional: Friedrich Hölderlin» y la segunda, «El redimido mundo americano: Rafael Landívar». En ambos casos, el texto empieza con una breve reseña biográfica del escritor. Estos capítulos solo parecen diferenciarse en que el de Landívar incluye un comentario sobre su obra y sobre la crítica, la cual ha sabido reconocer su afiliación a la tradición humanista. El apartado sobre Hölderlin continúa con una explicación del *septentrionalismo* que ya hemos mencionado. Con este término, se intenta englobar el mundo restringido de la temprana modernidad, en el que la literatura de viajes ocupaba un lugar central en el imaginario. Pocos son los que realmente pudieron tener «acceso a lo remoto» como lo hizo un contemporáneo a Hölderlin: Alexander von Humboldt (1769-1859).

2 Esto se debe a que, en esos tiempos, ya se utilizaban las expresiones «América septentrional» y «meridional» para distintas partes del continente (p. 11).

3 No obstante, esta división debe relativizarse, ya que «los capítulos dedicados a los elementos naturales hablan igualmente de las actividades humanas sobre dicha naturaleza, sean los lagos o los ganados y rebaños» (p. 116).

En sus siguientes capítulos, Morales Saravia desarrolla, principalmente, cuáles son los personajes («*dramatis personæ*») que representa el poeta y de qué recorridos («itinerarios») se sirve para ponerlos en escena. Dentro de los héroes que aparecen en su obra, tres de ellos cobran especial importancia: Colón, Rousseau y Napoleón. El primero encarna la fantasía del viaje que ya hemos nombrado, el interés por lo nuevo, por salir de la Antigüedad e ir al mundo del Poniente que representaba la Edad Moderna. Rousseau, por su parte, cumple el papel del incomprendido «héroe que presagia el futuro» (p. 32), un visionario que logra sentirse dentro del flujo de la historia. Por último, en un poema de naturaleza pindárico, la figura de Bonaparte se realza como un «representante de las fuerzas que mueven la historia» (p. 37). Otros personajes que se mencionan en la obra de Hölderlin son los semidioses. Morales Saravia estudia a tres semidioses «hermanos». El primero es Christus, quien es hijo de Dios y de María: un semidiós desde la perspectiva clásica. Se relaciona con su «hermano», Dionysos, en que ambos son «civilizadores». «Si Dionysos trae la cultura del vino, la agricultura, Christus trae la cultura de los pescadores de almas» (pp. 67-68). El tercer hermano, Herakles, es un ayudante del poeta en sus «hechos» y de los hombres jóvenes que buscan alcanzar la madurez. No obstante, los dos primeros parecen ser los más importantes, ya que se complementan: mientras que Christus fue enviado a «cerrar el mundo diurno de lo numinoso» (p. 80), Dionysos otorga, en las noches, sus dones del pan y el vino para mantener la esperanza del pronto retorno de los dioses. Estos héroes, semidioses y dioses son los que pueblan la obra de Hölderlin y le dan vida. Se mueven a través de los itinerarios creados por el poeta, ya sean los ríos europeos o el paso de la historia.

El estudio a la obra de Rafael Landívar comienza revisando lo que el autor considera como la «pérdida de mundo» (p. 121). Landívar vivió exiliado en Bolonia y este exilio de su patria desencadena un proceso de duelo que es retrabajado a partir de la poesía (p. 131). Esta apatricidad responde, además, a una «forma de consciencia moderna» (p. 124), por lo que el destierro real de Landívar va de la mano con el «destierro trascendental» de la modernidad. En cuanto a la historia natural, el poeta escribe sobre el campo, sobre la abundancia de la naturaleza americana, su variedad y autoctonía. Estos son tópicos que ya existían desde la llegada de Colón y que son utilizados para resaltar la riqueza de la tierra mexicana, así como su notable peculiaridad con respecto a la europea. En esta región, se desenvuelven tres actores: el indio, el colono y la juventud. El primero no podía estar ausente de la representación por la misma intención de ensalzar lo autóctono americano. Se alaba su trabajo colectivo, su eficiencia, y la racionalidad y destreza que posee. Además, se describe su ciudad como

un *locus amoenus*. El colono, por su parte (o *colonus* en latín), es el personaje de más difícil traducción. Puede significar agricultor, poblador y hasta conquistador, pero desde la perspectiva de la producción. Según Morales Saravia, este término «no se refiere solamente ni al colectivo indígena ni al colectivo criollo ni al colectivo hispano, sino que —encerrándolos algunas veces— refiere una figura abstracta representativa de los valores positivos del americano» (p. 175). Si el colono es el que posee la inteligencia y la sabiduría, la juventud es la que posee la energía productiva. Esta debe ser guiada por lo colonos para conseguir un futuro provechoso. Es precisamente a esta juventud a la que el yo poético interpela en su obra, la cual no presenta meramente una descripción, sino también consejos y formas en las cuales debe trabajarse la tierra.

Como se desprende de lo expuesto hasta el momento, *Destierros y modernidades* puede entenderse como dos estudios dentro del mismo libro. Cada una de sus dos partes principales actúa de manera independiente y se sostiene sin necesidad de la otra. Cabe preguntarse, entonces, por qué se nos presentan consecutivamente dentro del mismo trabajo. Creo que existen dos perspectivas desde las cuales se puede dar respuesta a esta pregunta: la académico-metodológica y la de la intención autorial. La primera argumentaría que la similitud del contexto (la temprana modernidad) y la presencia de isotopías en las obras de ambos poetas («la pérdida de mundo, el desencantamiento, el reabajo de la vivencia de la naturaleza» [p. 205], etc.) justifican el realizar un trabajo de literatura comparada. La segunda resulta mucho más interesante, ya que nos obliga a plantearnos cuál es el objetivo de unir la figura de Friedrich Hölderlin a la de Rafael Landívar. Para empezar, toda comparación presupone cierta igualdad entre los objetos comparados. Aunque exista la pretensión de vituperar a uno y engrandecer al otro (que no es este el caso), se legitima la pertenencia de ambos a un mismo orden. La obra de Hölderlin ha sido extensamente comentada y revisada por ser uno de los mayores poetas líricos de la lengua alemana. Landívar, por su parte, es un autor poco estudiado, aun por los especialistas en literatura latinoamericana (entre otras razones, por haber escrito su obra en latín). Por este motivo, puede plantearse que el objetivo principal de este estudio es insertar el nombre de Rafael Landívar dentro de la literatura universal y no solo latinoamericana. Este libro de Morales Saravia resulta encomiable no solo por su intención, sino también por la manera en que busca cumplir con su objetivo. Dentro de un ámbito que ha buscado singularizar y aislar el estudio de nuestra literatura anterior al siglo XIX por considerar que evaluarla desde el aspecto estético solo nos haría considerarla inferior a la europea, Morales Saravia rescata la figura de Landívar y la pone al nivel de Hölderlin por sus propios

méritos. En ese sentido, nos quedamos con las últimas palabras del libro, las cuales ponen en perspectiva el lugar que debe asignársele al poeta novohispano: «[...] la consideración de la obra de Landívar, en su comparación y confrontación con la de Hölderlin, muestra qué lugar debe ocupar esta dentro de una genalogía [sic] de la modernidad y del sujeto moderno en el mundo hispanoamericano. En ese sentido, es la respuesta del jesuita guatemalteco la que puede explicar lo que se encontraba antes de él, de lo que procedía, y lo que vendría inmediatamente después siguiendo el camino que parece él haber abierto o —por lo menos— haber marcado como un hito ahora insoslayable» (p. 215).